

PLAYA DE SOL

LA CABAÑA DEL SUR

*El chico de los mariscos — Lino Agua tiene una pena.
Pesca de camarones — El comercio riberano.*

Escribe: ADEL LOPEZ GOMEZ

La "Cabaña del Sur" no ha cambiado nada durante mis dos años de ausencia. Ahí está, en la playa de Bocagrande, con su alta techumbre de paja, a cuarenta o cincuenta metros del mar, con su pequeño mirador y sus ventanas abiertas sobre la inmensidad del Pacífico, al final del pequeño caserío negro. De seguro han crecido las cuatro palmas de coco que a la altura de los balcones proyectaban sus hojas, como desflecadas sombras chinescas, sobre el desmesurado tecnicolor del crepúsculo. La arena de las mareas ha formado una barra alta entre el mar y la casa, cubriendo casi totalmente la barrera de troncos que pusieron hace tres años para atajar el mar que venía, invasor e iracundo, desde las playas australes.

Han puesto una hamaca nueva en el mirador. El negro España — cocinero ilustre, virtuoso de los cocidos autóctonos, artista de las salzas, emperador del arroz con coco— ha engordado un poco y tiene algunas canas recientes en la cabeza motosa. Mérida, la camarerita floral de 1961, que entonces tenía diecisiete años, sigue siendo espléndida, pero temo que el amor haya puesto expresiones y dejado signos nuevos en sus ojos y en su anatomía.

Alfonso Gaviria, el dueño de casa, sí que es el mismo. Lleva diez años en esta apartada orilla, y es posible que en ella le espere el fin de sus días. Es un paisa del Tolima. Vale decir que habiendo nacido en Honda, de padres antioqueños, tiene tanto de tolimense como de maicero. A los cuarenta y cinco años se mantiene célibe. Es hombre tranquilo y sin amatorias veleidades. Desde el matrimonio de su hermana que amaba el mar y vivía a su lado, ya no sale nunca. Ni siquiera a Tumaco. Va de vez en cuando a su finca de "Santa Bárbara", cerca al caserío de "Papayal", donde tiene sembradas diez mil palmas que por estos días comienzan a dar las primeras nueces. Se ha hecho un poco filósofo durante el tiempo que llevábamos sin vernos. Dice al amor de la tarde, con su voz pausada de hombre tranquilo:

—Salgo muy poco... ¿Para qué? Estoy convencido de que el contacto con la naturaleza da bondad y limpieza de espíritu. Siempre me gustaron el campo y el mar... Yo era viajante de comercio. Vendía telas de Coltejer dondequiera que me mandaban. Cuando tenía libre un fin de semana, me iba a algún lugar de acuerdo con mis aficiones. Podía tener el campo pero no tenía el mar. De repente hallé las dos cosas reunidas y lo dejé todo por tenerlas...

EL CHICO DE LOS RECULAMBAYES

Nicolás Arroyo, el chico de los reculambayes, ha aumentado de estatura y se ha perfeccionado extraordinariamente en su especialidad. Nadie como él de certero para detectar la presencia del codiciado marisco y para capturarlo de un golpe en su refugio de arena. Va por las mañanas playa adelante, con su balde gris, atento a la ola que llega y muere a sus pies. Con la cosecha de la mañana tendrá bastante toda la familia para el almuerzo. Solo hará falta un poco de arroz, pero el patrón Alfonso lo tiene y dará una libra en cambio de una docena de reculambayes.

El animalillo aquel es delicioso. No se diría al verlo. Tiene el aspecto de una cigarra mediana y un color grisoso que le sirve para mimetizarse en su medio habitual. Presenta el color amarillento de casi todos los mariscos menores, y abunda en la playa y los esteros.

Por diez años de la vida Nicolás Arroyo ha asumido el deber de abastecer a los suyos —padre, madre y siete hermanos— de la necesaria provisión de reculambayes. Lo ha logrado con un éxito insuperable. Pero ahora tiene quince y se ha hecho amigo de Luis Neizer. Neizer tiene dieciocho y es ya un héroe por haber pescado mar afuera, él solo en su canoa, un pez vela de dos metros y doscientas libras.

Nicolás Arroyo menosprecia ya esa habilidad suya para coger los mariscos. Piensa que era una cosa que estaba bien como oficio de niño, pero ahora ya no lo quiere más. Desea aventurarse con Neizer lejos de la orilla y pescar de verdad.

Es cosa resuelta. Será Basilio, el hermano menor, de nueve años y ya experto, quien afronte la obligación matinal. El se retira. No podría hacer otra cosa ahora cuando Neizer le da la oportunidad.

Sobre todo ahora cuando Miriam, ya niña negra, la hermana de Mélida, ha cumplido doce años... Y cuando la noche pasada, inesperadamente, sin saber porqué, mientras paseaban juntos al anochecer, ella le ha besado...

LINO AGUA

Linda mañana para Lino Agua, con su canoa nueva y sus aparejos recién adquiridos, si el corazón estuviera en paz. Si el pensamiento de Leonilda, su mujer, no le llegara amargo, desconfiado, envenenado de celos, asociado a la persona y a la espigada figura de Luis Neizer, amigo de otro tiempo.

Casi hubiera querido estar seguro de lo peor a trueque de sentirse libre de su incertidumbre y a cubierto de sus angustiadoras dudas. Pero no le era posible. A su regreso del Mira, donde estuvo dos semanas, en las siembras de palma africana, había encontrado un pesado ambiente de recelo. No era tanto lo que se decía cuanto lo que se callaba. Leonilda estaba inquieta, tímida, expectante.

¿Pero sí lo estaba en verdad? Lino Agua no podía dudarlo. Si fuera todavía la misma, la fiel mujer que dejara el mes anterior al marcharse, le habría recibido de otra manera. Ahora cuando llegaba dueño de la canoa nueva que el matrimonio había deseado tanto.

¿Qué podría hacerse? Era necesario, ante todo, salir de incertidumbres. Conocer la verdad por amarga que fuese. Obtener una confesión definitiva de la mujer.

Para eso viajaba ahora hacia la "Cabaña del Sur", en busca del compadre Alfonso que fue padrino de ambos el año pasado, en la última misión, cuando se casaron en la capillita de la aldea. El obtendría esa confesión necesaria...

¿Necesaria? ¿Por qué y para qué? ¿Para qué saber que ya no era suya desde el día en que Luis Neizer pescó en el mar un pez vela de doscientas libras de peso?

PESCA DE CAMARONES

El barquito pesquero trabajó toda la mañana con sus enormes redes, a cuatro o cinco quilómetros de la costa tumaqueña, sobre un banco de camarones. Desde temprano lo vimos allá lejos, en su brega. Cuando regresó en las primeras horas de la tarde, el negro Urías Falla contó que traía llenas las refrigeradoras y que zarparía al día siguiente para Panamá.

Ya desde 1960 Alfonso Gaviria me había contado la historia de estas concesiones de pesca, en virtud de las cuales, a cambio de un impuesto irrisorio, el país está perdiendo en favor de compañías extranjeras una riqueza enorme. La historia es sencilla y triste, la he contado varias veces, y tal vez no vale la pena de escribirla de nuevo. La realidad es que el camarón va desapareciendo de estas aguas. Lo mismo que las maderas, cuya explotación solo enriquece a los comerciantes de ultramar.

EL COMERCIO RIBERANO

Las canoas del Mira llegaron a la madrugada con su cargamento de frutos. Cuando arribé al puerto con las primeras luces del día, la baja marea había dejado una ancha zona de lodo negro y grasiento, llena de desperdicios, maculada de basuras. La luz temprana brillaba aquí y allá sobre las latas vacías que alguna vez contuvieron conservas del interior o carnes extranjeras de las que los turistas consumen cara y cotidianamente. El mar se niega a llevar lejos todo ese lastre miserable.

Gente valerosa y sufrida esta delgada gente cetrina que viene de las riberas del río, altas y boscosas, piloteando balsas, canoas y champanes, con un cargamento de plátanos y frutas. Que conoce todos los rincones fluviales, el peligro de los caños sombríos y la violencia del mar. Han viajado largas horas con el canaleta listo y la palanca en la mano, comiendo a veces el sancocho rústico que prepara la mujer en la punta de popa, en un brasero elemental.

Durante unas horas se ocuparán de su comercio a la orilla del mar. Luego mercarán algo en las tiendas y emprenderán el regreso. Tal vez lleven unas botellas de ese bravo aguardiente de Nariño, que es chisparoso y alegre. Cuando empiecen a remontar el río, alguien cantará uno de esos aires nativos para aligerar un poco la fatiga de navegar contra corriente...

Bocagrande, enero 1964.